

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 177

25 cts

8 JULIO
1928



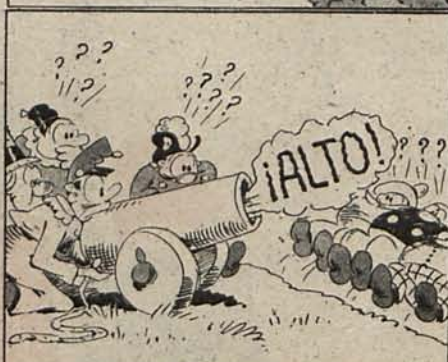
- QUE DELICIA DON TURU, EL CAMPO ES HIGIÉNICO, PURO, POÉTICO.....
- SI, SI, PERO TODO ESO ES CUANDO SE TRAE MERIENDA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A. - ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN. - ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447. - SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



Copyright Press Publishing Co. (New York World) 1928



EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

(Continuación.)

ALBERTO ORS

que formaba un singular contraste con la figura y delicadeza de sus facciones.

Sofía, agobiada por el dolor y la soledad, estaba estupefacta, aniquilada casi ante aquel espectáculo de energía femenil. Ella había soñado por un momento en que aquella joven ocupara a su lado el puesto del hijo perdido y compartiese su llanto materno... Pero aquel sueño desvaneciase de improviso y ella veía, con lágrimas en los ojos, borrarse las últimas huellas.

Vera leyó en el corazón de la abandonada, y sonriendo dulcemente, le dijo:

—¡Yo no te digo que me sigas madre, porque no vivo más que en el seno de la tempestad, y no podré vivir tranquila hasta que haya atraído y visto caer el castigo de Dios sobre la cabeza de los verdugos de José! ¡Yo sabré, sin embargo, velar por ti, y tú serás siempre para mí el ser más amado de este mundo! ¡Adiós!

Vera le arrojó un beso a Sofía con la yema de los dedos, y antes de que ésta pudiese pronunciar una palabra, desapareció por la breve y empinada escalera.

La viejecita se quedó por algún tiempo con el rostro vuelto hacia el punto por donde acababa de desaparecer la joven, desparramando luego en torno suyo los desconsolados ojos. Sobre una mesita, no muy lejos de ella, veíase una bolsa. Sofía recorrió los cordones y vio que estaba llena de oro.

Entretanto, la joven en una *troika* de punto se hacía conducir rápidamente a la Gran Morskoia, al palacio de su padre, el general Sadoff, uno de los oficiales superiores más amados del Zar por su intransigencia política.

Durante dos días, Vera no había hecho en el palacio más que raras apariciones a las horas de las comidas, bastándola para explicar sus frecuentes y largas ausencias el horario de las lecciones universitarias en el cual estaba inscrita como estudiante en Filosofía y Letras. Ella esperaba las severas reconvenciones del general, que la amaba a su manera, esto es, mientras le permitiese ejercer sobre ella un incontestable dominio. Cualquiera tentativa para infringir su férrea voluntad era castigada por el general rudamente, sin tener en consideración para nada las razones de familia o de sentimiento. El general Sadoff llevaba, en suma, a su palacio el mismo criterio autoritario y zarista, con el cual creía que debían regirse los cuarteles y los pueblos.

Al bajar de la *troika* la joven entrevió, a la luz crepuscular que se filtraba a través de los árboles del parque que circundaba la casa, la figura de su padre, que se paseaba conversando animadamente con su amigo íntimo el capitán Godunov.

Vera se estremeció. La vista del capitán hubiera bastado por sí sola a sobresaltarla; pero en este momento la presencia de aquel hombre le pareció también de mal agüero.

Queriendo sustraerse a sus miradas dió la vuelta al parque por una alameda secundaria, llegando a la escalera central y subiendo apresuradamente a sus habitaciones.

Pero la presencia de la *troika* ante la entrada de la verja

debió traicionarla. En efecto, no acababa aún de sentarse, cuando se presentó su doncella para decirle que el general la rogaba que bajase al comedor.

—¡Ya empezamos! —murmuró Vera, como hablando consigo misma.

Luego, levantándose con gesto resuelto, exclamó:

—¡Ya que esto ha de pasar algún día, cuanto antes mejor! Y bajó la escalera pálida, pero serena.

Su padre, que era un anciano robusto y animoso, paseábase, vestido con el uniforme de general y con muestras de una gran irritación, por delante de la gran mesa del comedor, servida para tres personas y adornada con un jarrón de flores. La cristalería y la vajilla de plata tintineaban a cada paso que daba. Al entrar Vera, continuó paseándose sin dignarse mirarla siquiera.

—¿De dónde vienes? —le preguntó vivamente.

Vera no estaba acostumbrada a mentir, y, como odiaba todo lo que no fuese verídico y sincero, prefería correr cualquier riesgo y afrontar cualquier castigo a la íntima humillación de manchar sus labios con una mentira.

—De hacer una piadosa visita —dijo con sencillez.

—¿En dónde?

—En una modesta casa de San Petersburgo antiguo.

—¿De quién?

—¿De una pobre mujer a la cual, verdugos despiadados, indignos de llamarse hombres, le han matado el hijo en medio de tormentos inauditos!

El general levantó los ojos inyectados de sangre, preguntándole con una voz terrible.

—¿De la madre de José Duda?

—¡Si repuso la joven, irguiendo arrogantemente la cabeza—, de la madre de José Duda!

El general, semejante a una fiera irritada, contenida milagrosamente por una potencia misteriosa, cruzó las manos por detrás de la espalda, dió dos o tres pasos por la estancia, luego pasóse las manos trémulas por los cabellos, y, plantándose delante de su hija, le dijo con voz sorda, enronquecida por la cólera:

—¡Conque es verdad! ¡Es verdad que tú has arrastrado por el cieno mi honor y mis inmaculadas canas; es verdad que tú estás... al lado de los infames que quieren subvertir todas las cosas, inaugurar el reino de la maldad, de la rapiña y de la destrucción!

El general, abrumado por el paroxismo de su cólera, cayó exánime y exhausto en una butaca con la boca espumante, con las venas de las sienes y del cuello tumefactas y con el rostro inyectado de sangre.

Aunque el general se le apareció en aquel momento como un juez severo, y sus modales bruscos y rígidos estaban muy lejos de toda efusión de cariño y de sentimiento, y no fuesen los más propios para inspirar la ternura filial y afectuosa, Vera no olvidó que el cólerico anciano era su padre, y temerosa de que aquel paroxismo de ira pudiera poner en peligro su vida, abalanzóse a él tendiendo la mano a un timbre para pedir socorro.

—¡No llares a nadie! —ordenó el general.— ¡Estoy mejor! —y luego añadió temblando siempre de cólera—: ¡Con tal que te alejes de mí!

Y en tanto Vera se alejaba muda y dolorida, él se puso en pie tambaleándose y exclamando, mientras se pasaba una mano por la frente:

—¡Hija desnaturalizada, dolor, vergüenza y oprobio de mi vejez!

En la voz del viejo general temblaba el llanto; pero el general recobró en el acto el imperio sobre el hombre y sobre el padre, y enderezando el busto y clavando una te-

rrible mirada en el rostro de su hija, continuó apostrofándola de la misma manera:

—¡Ah, no te imagines que exista ninguna consideración en el mundo que aplaque mi furor! Acuérdate de Manlio Torquato. ¡Padre, condenó a su hijo a la muerte, y yo te estrangularé con mis propias manos antes de permitir que traiciones a la patria y al Czar!

El general estaba verdaderamente espantoso y se comprendía que, en efecto, era capaz de cumplir su amenaza.

Vera presenciaba con digna firmeza el estallido de la cólera de su padre, y en su actitud, comprendíase muy bien que aquellos dos seres poseían en común una rigidez del temperamento parecida a la del acero. Padre e hija llevaban a dos campos diametralmente opuestos y adversarios el uno del otro, entrambos de buena fe y convencidos de combatir por la causa del bien, la misma indomable energía y el mismo ardimiento invencible. ¡Si el uno sentía el valor de matar, la otra no le tenía miedo a la muerte!

—¡Yo no quiero que hables, ni mucho menos, ¿me comprendes?, que pienses nada de lo que sea contrario a mi voluntad! ¡Debes de estar loca, porque no quiero creer que seas una malvada! Yo ya soy viejo, y quiero buscar el medio de evitar que cometas más extravagancias cuando yo ya no exista... Te casarás con el capitán Godunov.

Vera se estremeció visiblemente.

El general aparentó que no lo veía.

—No aguardo —continuó diciendo— ni exijo tu consentimiento. ¡No lo necesito! ¡Esa es mi voluntad y basta!

Luego el general abrió una puerta.

—¡Entre usted capitán! —exclamó.— Mi hija tiene que hablarle.

Y el capitán Godunov, al cual todavía comunicaba un aspecto más repulsivo la sonrisa de triunfo que se dibujaba en sus labios, entró mientras el general salía cerrando la puerta tras sí. El oficial avanzó hacia Vera haciendo resonar ruidosamente el sable sobre el pavimento, e inclinándose el busto en una grosera reverencia.

Vera lo veía acercarse a ella sintiendo paralizarse a cada paso que daba los latidos de su corazón. Cuando estuvo a su lado, Godunov le cogió repentinamente una mano.

Vera no hubiera retirado la mano con tanta presteza, de haber sentido en la epidermis el contacto de un hierro candente.

—¿Tanto terror le inspira a usted su futuro marido? —preguntó Godunov rechinando los dientes como un perro rabioso.

—Usted es —repuso Vera reprimiendo la ira que temblaba en su voz— el único ser a quien odio en el mundo... ¡Todo, todo el odio que yo siento, se ha condensado en usted sólo! ¡Si mi odio fuese fuego, ya estaría usted ardiendo!

—Por fortuna, si usted es fuego, yo soy el agua —replicó Godunov sarcásticamente— y sabré apagar el incendio que la devora.

—Ya lo sé, usted es capaz de todas las vilezas; pero le juro que lo que es esta vez, luchando conmigo, perderá usted la batalla. Para combatir contra usted me hallo dispuesta a todo.

—¡Y yo me hallo dispuesto a todo para llegar a ser su marido!

—¡A todo! —dijo Vera haciendo un gesto de desprecio con el labio inferior.— ¿Qué quiere usted darme a entender con esas palabras? Sin duda todas las bajezas y todas las infamias. Pues bien; sus amenazas no me asustan. Usted no se siente héroe sino ante los hombres reducidos a la impotencia. ¡Yo soy mujer y libre, y desafío su villanía!

Ante aquella rociada de injurias que heríanle en lo más vivo, el capitán palideció; pero su repulsivo semblante no tardó en recobrar su habitual expresión sarcástica.

—A lo que parece, el fin prematuro de su pretendiente no la ha causado a usted buena impresión. Al menos que le sirva de ejemplo. Crea usted que yo hubiese hecho mucho menos amargas las últimas horas de su vida, si él no

hubiese pretendido atravesarse en mi camino... Haga usted por no imitarlo, porque pudiera muy bien arrepentirse.

—¿Y tiene usted el cinismo —exclamó Vera, no pudiendo contener por más tiempo la cólera y el desprecio de que rebosaba su alma—, y tiene usted el cinismo de volver a evocar en mi presencia la refinada infamia cometida con un héroe que ha hecho sagrada la muerte? ¿Y cree usted que yo pudiera consentir nunca, bajo ningún pretexto y por ningún motivo, aunque no fuese más que por escapar a los tormentos más atroces, en vivir un solo momento a su lado? Usted no puede creer semejante cosa, porque sabe demasiado bien que ningún tormento sería para mí mayor que el de convivir con usted...

—Sin embargo, tendrá usted que soportar ese tormento —dijo Godunov con voz malévola y perversa.

—No, no lo soportaré.

—¡Sabré obligarla!

—¡Pruébela usted!

—No tengo prisa —repuso Godunov acentuando la ironía de su sonrisa— Le daré tiempo para que reflexione.

—¡Para que reflexione! ¡Se engaña usted! Mi propósito es de esos que no admiten reflexión. ¡Adiós!

—¡Quién sabe! ¡En este mundo no se reflexiona lo bastante!

Vera le volvió desdeñosamente la espalda al capitán, disponiéndose a salir.

—No tenga usted tanta prisa, mi futura esposa, pues aún tengo que comunicarle algo que la interesa a usted y a sus amigos... de Nuestra Señora de Kazan.

Al oír aquellas palabras, Vera se volvió como movida por un resorte.

—¡Lo ve usted! ¡Ya se lo decía yo! En este mundo nunca se reflexiona bastante, y, a lo que parece, usted no había pensado en todo.

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó Vera con el seno palpitante, mirando fijamente a Godunov.

—Así es como me gusta usted. Haga todas las preguntas que quiera y comience a ser razonable. Siempre he dicho yo que era usted una muchacha excelente. Ya verá usted, como a pesar de las apariencias, llegaremos a entendernos.

Vera tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para conservar la calma. Las palabras de Godunov, su ironía manifiesta y sanguinaria, aludían sin duda a algún peligro terrible e inesperado. Sin embargo, había que ponerse en guardia.

¿No podría darse el caso de que el oficial polizonte fingiese saber más de lo que, en efecto, sabía, para amedrantarla, o que, habiéndola seguido y habiéndola visto frecuentar Nuestra Señora de Kazan, hubiese lanzado aquellas palabras para explorar el terreno? Vera hizo este razonamiento en un santiamén, y, reprimiendo hábilmente la agitación de su espíritu y envolviendo a Godunov en una despreciativa mirada, le dijo:

—Sus palabras no me conciernen.

—Diga usted más bien que no le conciernen a usted sola.

—No le comprendo.

—Parece mentira que el pesar anuble de ese modo una inteligencia tan viva y despierta.

—Acabe usted de una vez con sus inútiles sarcasmos y si tiene alguna cosa que decirme, dígamela.

—¡Cómo! ¿Hace poco se disponía usted a salir desdeñosa y a tiva y ahora me suplica que hable? Pues bien, oiga usted; quiero darla una prueba de esa exquisita educación que usted injustamente me niega, completiendo en el acto sus deseos. Sepa usted que no he perdido el tiempo en estos días. No sólo he cooperado enérgicamente al arresto de su pretendiente, de José Duda, sino que le he suministrado al Tribunal que debía juzgarlo documentos importantísimos para probar que estaba afiliado al nihilismo revolucionario ruso.

(Continuará en el número próximo.)

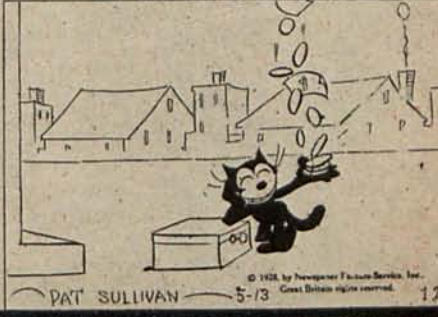
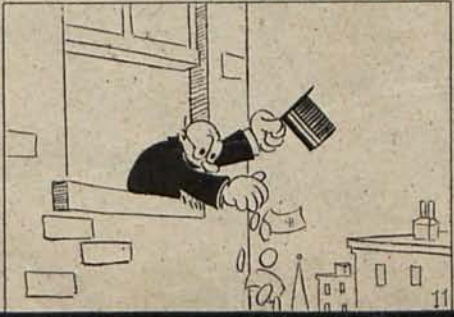
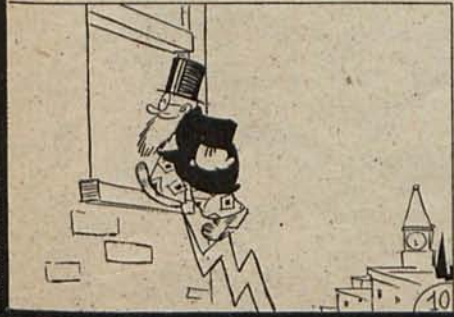
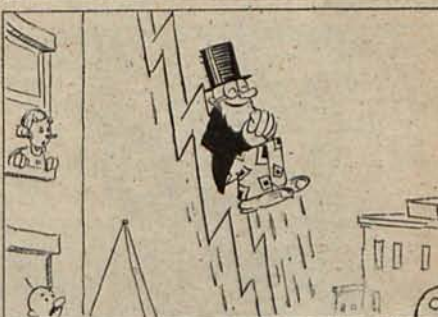
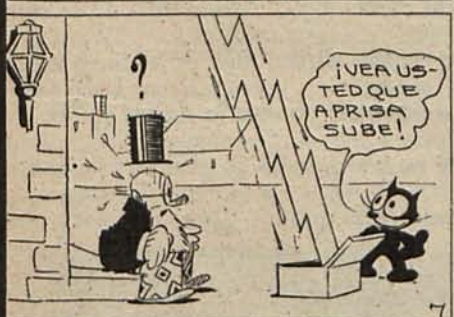
LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



COMIC



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





UNA AVENTURA EN EL GANGES

CUENTO POR

E. JALGARI

(Conclusión.)

—¡Está muerto!
—dijo con voz ahogada.

A cincuenta pasos de ellos, las altas copas de las cañas se agitaban, como si algún animal tratara de abrirse paso.

Durante algunos momentos oyeron un leve susurro; luego, todo rumor cesó.

—¿Y el tigre? —preguntó el oficial.
—Estará escondido por estos alrededores; al darse cuenta de nuestra persecución, ha abandonado su presa luego de acabarla a dentelladas y zarpazos.

—Ahora, Wilson, conduzcamos a bordo a este desgraciado, para darle honrosa sepultura.

—Contad conmigo, capitán.

No habían levantado apenas el cadáver, cuando el silencio que reinaba en la tenebrosa chungla fué interrumpido de pronto por un rugido ronco, cavernoso.

Era el tigre, que protestaba al ver que le arrebatában su presa.

El capitán y el oficial dejaron caer el cadáver y empuñaron los fusiles, retrocediendo hasta el tronco de la palmera.

—Nos acecha —dijo el capitán, enjugándose algunas gotas de sudor frío.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Wilson.

—No, pero os aseguro que nos acecha. ¿No sentís olor de salvajina?

—Sí, en efecto.

Agacháronse, tratando de distinguir algo a través de la espesa cortina vegetal, pero no pudieron ver nada.

El tigre, agazapado entre las cañas, no perdía movimiento de los osados marinos. Tan pronto como éstos dirigían sus pasos hacia su presa, daba muestras de alarma, dispuesto a todo antes que dejarse arrebatarse lo que él consideraba su banquete.

Volvieron junto al cadáver y lo levantaron de nuevo.

El mismo rugido sordo, más potente y amenazador dejóse oír en medio de las cañas.

El tigre no perdonaba su presa ni consentía en dejársela quitar; pero tampoco los





dos oficiales estaban dispuestos a renunciar a ella.

—Vamos a sacarlo de su escondite —dijo el capitán—. Prefiero afrontarlo aquí, en este claro, a luchar con él entre los árboles. ¿Qué decís, Wilson?

—Que estoy de acuerdo.

—Entonces, vamos allá.

El rugido de la fiera provenía de un macizo de musenas, cuyas flores son del color de la sangre. Por consiguiente, debía de estar escondida allí.

—Disparad al centro de aquellas hojas —dijo el capitán.— Si la fiera escapase al tiro, yo sostendré el ataque.

El oficial, rodilla en tierra, disparó hacia el sitio donde se suponía que estaba el tigre. Apenas resonó el estampido, cuando lo vieron saltar afuera del matorral y lanzarse hacia el sitio donde yacía el cadáver del marinero

Se obstinaba, por lo visto, en llevárselo a toda costa.

Pero el capitán, en dos saltos, retrocedió hasta el árbol, apuntando resueltamente al tigre con el fusil.

El hombre y la fiera permanecieron inmóviles algunos instantes, mirándose el uno al otro. Fué un momento terrible en que se preparaba un duelo a muerte. Se miraban de hito

en hito, sin parpadear. Los segundos parecían siglos.

El capitán no cesaba de apuntar con toda calma; el tigre, recogido sobre sí mismo, parecía preparado a precipitarse contra el audaz que osaba cortarle el camino.

Una detonación resonó. La bestia dió un enorme salto, lanzando un rugido feroz. Arrastróse penosamente hacia las cañas y un momento después se desplomó sin vida.

Los dos oficiales, temerosos de que no estuviera solo, apenas lo vieron caer, cogieron el cadáver del infeliz James y emprendieron la vuelta hacia el sendero que habían recorrido poco antes, llegando sin más incidente a la orrilla del río.

A la mañana siguiente, después de salir el sol, volvieron a la chungla con una escolta numerosa de marineros, con objeto de recoger la piel de la terrible fiera.

No encontraron más que algunos huesos y unos cuantos mechones de pelo. Durante la noche, los cocodrilos la habían devorado.

FIN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



MIRA CURRINCHE, UNA DE DOS; O ESTUDIÁS O TRÁS UN OJO. NO HAY MAS QUE ESOS DOS CAMINOS

PUES YA NO QUEDA MAS QUE UNO PORQUE EN ESE DEL SALTO DEL OJO HAN PUESTO UN CARTELITO QUE DICE "SE PROHIBE EL PASO"



¡SE DORMIÓ! AHORA QUE ESTA COMO UN TRONCO ES LA OCASIÓN DE SOMETERLO A UN TRATAMIENTO PARA QUE CUANDO DESPIERTE SE LE PASE ESE ATAQUE DE MAL HUMOR QUE LE HA DADO HOY



¡VAYA ALEGRÓN QUE SE VA A LLEVAR CUANDO SE VEA CON ESTE GORRO DE PAPEL! ¡EN SEGUIDA SE IRÁ A QUE LO RETRATEN!



Y CUANDO SE VEA CON ESTAS GAFAS Y ESTA PERILLA QUE LE ESTOY PINTANDO SE LLEVARÁ OTRO ALEGRÓN Y SE IRÁ A QUE LE HAGAN OTRO RETRATO



¡VAYA SIESTECITA QUE HE ECHADO! ¡VOY A DARME UNA DUCHA PARA ESPABILARME Y SI CUANDO VUELVA NO TE SABES LA LECCIÓN PREPARATE A PERDER UN OJO



¿QUÉ SIGNIFICA ESTO? ¿QUIÉN ES ESTE OSADO QUE SE ATREVE A PONERSE DELANTE DE MÍ CON ESA FACHA? ¡SALGA USTED DE AQUÍ INMEDIATAMENTE!



¡O SE VA USTED DE MI PRESENCIA AHORA MISMO O LE SUELTO UN GARROTAZO QUE LO DEJO MUERTO PARA TODA SUVIDA!



PERO ¿QUÉ LE PASA, DON TURULATO?

NADA HOMBRE, UN TIO MARRACHO QUE SE ESTABA BURLANDO DE MÍ Y LO HE TENIDO QUE HACER POLVO DE UN GARROTAZO

A black and white illustration of a classic alarm clock. The clock face is visible, showing numbers from 1 to 12. The hour hand is positioned between 7 and 8, and the minute hand is pointing at 12. There is a small sub-dial at the bottom of the clock face. The clock has a rounded, bell-shaped top and a base with two small feet.





CUENTOS DE CALLEJA

EL BRUJO Y LAS TRES HERMANAS

Casilla



ABÍ, en una comarca un brujo que se disfrazaba de pobre e iba por las casas pidiendo limosna y robando jóvenes hermosas. Nadie sabía adónde las llevaba, porque no volvían a aparecer jamás.

Un día, vestido de pordiosero con su saco al hombro, en el que al parecer guardaba las limosnas, llamó a la puerta de la casa de un hombre que tenía tres hijas muy hermosas y buenas mozas.

Pidió un poco de comida, y al salir la mayor para alargarle un pedazo de pan, sólo con tocarla la obligó a meterse en el saco.

En seguida echó a correr y la llevó a su casa, situada en medio de un sombrío bosque.

En la casa todo era magnífico; el brujo dió a la moza un soberbio almuerzo y todos los gozcos que podía desear, y le dijo:

—Aquí vivirás contenta, porque tendrás todo cuanto desee tu corazón.

Pasados algunos días, le dijo:

—Me tengo que marchar, y he de dejarte sola una temporada: toma las llaves; puedes andar por toda la casa y verlo todo: sólo en la habitación que abre esta llave pequeña es donde te prohibo entrar, bajo pena de muerte.

Al mismo tiempo le dió un huevo, y dijo:

—Guárdame cuidadosamente este huevo, y llévalo siempre contigo, porque si se perdiese, sucedería una desgracia muy grande.

La joven tomó la llave y el huevo, y prometió cumplir fielmente sus órdenes. En cuanto el brujo se marchó, visitó toda la casa de arriba abajo: las habitaciones estaban cuajadas de plata y de oro, y le pareció no haber visto nunca tanto lujo.

Al fin llegó también a la puerta prohibida y quiso pasar; pero la curiosidad no la dejaba tranquila. Miraba la llave, que era como las demás, la metió en la cerradura, apretó un poco, y de repente se abrió la puerta. ¡Pero qué espectáculo se ofreció a su vista al entrar en la habitación!

En medio de ella había una fuente muy grande, manchada de sangre, en la que yacían mujeres despedazadas.

Se asustó de tal manera ante aquel espectáculo, que

el huevo que tenía en la mano se le cayó en la fuente; lo sacó de nuevo y trató de enjugar la sangre, pero sin resultado; por más que lo lavaba, no desaparecía la mancha.

Poco después el hombre volvió de su viaje, y las cosas primeras que pidió fueron la llave y el huevo.

La joven se las entregó temblando, y el brujo comprendió en seguida, por las manchas encarnadas, que había entrado en el cuarto prohibido.

—Ya que contra mi voluntad has entrado en el aposento —dijo—, entrarás ahora otra vez contra la tuya. Tus días han acabado.

La tiró al suelo, y agarrándola por los cabellos la arrastró hasta el cuarto, le cortó la cabeza, la despedazó, y con su roja sangre regó el suelo. Luego la arrojó con las demás a la fuente.

—Ahora iré por la segunda —dijo el brujo. Y se marchó de nuevo, disfrazado de mendigo, a pedir limosna a la casa.

La segunda hermana salió con un pedazo de pan, y el brujo la cogió como a la otra, sólo con tocarla.

Pero no le fué mejor que a su hermana; también cedió a su curiosidad, entró en el aposento, y al regreso del brujo tuvo que morir.

Entonces el brujo fué por la tercera; pero ésta era lista y astuta.

Después que al marcharse el brujo le dió las llaves y el huevo, guardó primero éste último cuidadosamente; luego fué a ver toda la casa, y por último entró en el aposento prohibido.

¡Dios, qué cuadro! Sus dos hermanas queridas estaban despedazadas

en la fuente. Pero ella juntó todos los miembros y ajustó al cuerpo la cabeza, brazos y piernas. Y cuando ya no faltaba nada, empezaron a moverse los miembros y se juntaron; las dos jóvenes abrieron los ojos, vivas y sanas otra vez.

¡Cuánto se alegraron de volver a la vida! No dejaban de acariciarse y besarse.

Luego sacó a las dos y las escondió.

El hombre, a su regreso, pidió las llaves y el huevo, y como no vió señales de sangre, dijo:

—Tú has sabido sufrir la prueba; tú serás mi esposa.

Pero el brujo había perdido su poder sobre ella, y tenía que hacer lo que la joven le mandaba.





—Bien—contestó ella—; pero antes quiero que lleves sobre tus espaldas a mi padre y a mi madre una cesta llena de oro mientras yo preparo aquí todo para la boda.

En seguida, entrando en su cuarto, donde tenía escondidas a sus hermanas, les dijo:

—Ahora es el momento de escaparnos; el malvado en persona os llevará a casa; pero en cuanto estéis allí, venid con gente armada para coger a este bribón.

Luego, metiéndolas a las dos en un cesto, las cubrió de oro, de manera que no se las veía; llamó al brujo y le dijo:

—Llévate la cesta, y para que no te pares en el camino a descansar, miraré por la ventana y estaré al cuidado.

El brujo, cargado con la cesta, marchó; pero tanto le pesaba, que le caía el sudor por el rostro y temía morirse abrumado por el peso.

Entonces se sentaba para descansar un poco; pero una voz salida del cesto gritó:

—Mirando por mi ventanilla, veo que estás descansando. ¡Anda!

Creuyendo que le hablaba su prometida, se puso en marcha, y otra vez que quiso sentarse, oyó gritar:

—Estoy mirando por mi ventana, y veo que descansas. ¡En marcha!

Y siempre que se paraba gritaban, y tenía que seguir andando, hasta que por fin llegó con el oro y las dos jóvenes a casa de sus padres.

Entretanto la prometida preparaba todo para la boda.

Limpio la casa cuidadosamente, poniendo todo en orden.

Entró en el cuarto donde se hallaban las víctimas del brujo e hizo lo mismo que con sus hermanas, recobrando todas la vida.

Muy callandito, para que los convidados que pudie-

ran llegar no se enteraran, las hizo salir por la puerta trasera. Una vez en libertad, y después de darles muchos besos y abrazos, corrieron presurosas a sus respectivas casas, donde serían recibidas por sus padres con la consiguiente alegría.

Cogió una calavera con dientes, la adornó y la llevó a la guardilla, donde la colocó en la ventana. Luego convidó a los amigos del brujo para la boda, y después se metió en un

cubo con miel, abrió el colchón de plumas de la cama y se revolvió en ellas, con lo que tomó el aspecto de un pájaro extraño, para que nadie pudiera conocerla.

Y saliendo de la casa, encontró a una parte de los convidados, que le preguntaron:

—Pájaro extraño, ¿de dónde vienes?

Vengo de casa del brujo.

—¿Y qué hace allí la novia?

—Ha barrido la casa de arriba abajo, y está asomada a la ventana de la guardilla.

Luego encontró a su prometido, que volvía a su casa, y éste le preguntó:

—Pájaro extraño, ¿de dónde vienes?

—Vengo de casa del brujo.

—¿Qué hace allí la novia?

—Ha barrido la casa de arriba abajo, y está asomada a la ventana.

El prometido, mirando hacia arriba, vió la calavera adornada, y creyendo que era su prometida, la saludó.

Antes de entrar en su casa fué en un vuelo a una ciudad lejana a comprar ricas telas y suntuosas joyas para engalanar a su futura esposa, y de paso

invitó al rey de aquel estado, que era el rey de los brujos.

La comitiva se puso en marcha.

Pero al entrar en su casa con todos sus convidados, llegó la fuerza armada que habían mandado las hermanas.

Cerraron todas las puertas de la casa para que nadie se escapase, y le prendieron fuego, de manera que el brujo murió asado con toda su comitiva.

Como el oro no se evapora, de entre las ruinas de la casa se sacó lo suficiente para enriquecer a todo el pueblo, y no hay para qué decir que la familia de las tres mozas fué la mejor librada, y que todas ellas hicieron excelentes casamientos.

Quando se celebraron las bodas, se hicieron grandes festejos, a los que asistieron las muchachas salvadas por la menor de las tres hermanas.

Como no había pobres en el pueblo, pues todos se enriquecieron con el oro del brujo, la felicidad fué completa.

Hoy el pueblo es rico, pues con el trabajo han aumentado sus habitantes la riqueza.



FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Pues hoy quiero saber por qué no tenemos el mismo gusto todas las personas.

—Tienes que decirme si te refieres a las sensaciones que percibimos por la vista, por el oído, por el olfato o por el paladar.

—Para que lo comprendas más claro te diré que por qué tenemos gustos distintos para las cosas que comemos. A unos nos gusta el dulce, a otros no. Hay quien prefiere la carne a las verduras y a otros les sucede lo contrario.

—Ya comprendo bien, Chonón. Es muy difícil encontrar dos personas que tengan exactamente los mismos gustos, por la misma razón que es imposible encontrar en la superficie de la Tierra dos personas exactamente iguales. A pesar de que son miles de millones los habitantes que pueblan el mundo, no encontrarías dos tan perfectamente iguales que no fuese posible distinguirlos después de un detenido examen. Siempre habría algún detalle que los diferenciase. El timbre de su voz, el color de sus ojos, su pelo, su piel, algo, en fin, los haría desiguales. Todos llevamos en nuestro ser un algo que es nuestro exclusiva y únicamente y que nos destaca del resto de nuestros semejantes. Puedo citarte un curioso ejemplo que pone bien de manifiesto la verdad de lo que te digo.

—No la dudo un momento; pero venga el ejemplo.

—Las huellas dactilares. No hay dos personas que tengan las huellas dactilares exactamente iguales.

—Supongo que te refieres a las huellas de los dedos.

—No puedo referirme a otras, porque no hay más huellas dactilares que las que dejan los dedos. Si te fijas un poco verás a simple vista que la piel de los dedos está caprichosamente surcada por infinidad de rayitas. Si humedeces la yema de un dedo con un poco de tinta y la oprimas luego sobre un papel blanco, verás estampado el caprichoso dibujo de tu piel. Este dibujo no lo tendrá nadie más que tú, y con ser tantos los millones de dedos que hay en el mundo, no habrá otros que dejen la mismísima huella que han dejado los tuyos. Ya ves si el caso es curiosísimo.

—Y además proporciona un medio para que cada individuo pueda tener una huella gráfica de su personalidad.

—Ya lo creo; como que es el recurso infalible que utiliza la policía para quedarse con un signo inconfundible de los malhechores. Todo el que cae en manos de la justicia deja la huella de sus dedos en una ficha dactilográfica, donde queda impreso el dibujo de su piel.

—Pero oye, querido buho, ¿no te parece que nos hemos desviado del tema que yo te he propuesto?

—No, amigo Chonón; todo cuanto te he dicho es para demostrarte que no hay dos seres constituidos exactamente igual y que, por lo tanto, no tiene nada de extraño que el gusto para las comidas sea distinto en cada uno de ellos. Ya has visto que las huellas de la piel son diferentes. Pues bien, también son diferentes los cerebros de las personas, y siendo diferentes los cerebros tienen que ser distintas las sensaciones, porque todas las interpreta el cerebro.

—Es cierto; pero en cambio reconocerás que hay gustos que son tan comunes, que casi casi afectan a todo el mundo.

—Ya sé por qué lo dices. Tú quieres decirme que los pasteles, los bombones y las golosinas de dulce gustan a casi todos los chicos, ¿verdad?

—Lo has adivinado.

—Pues ello obedece a que hay razones impuestas por el organismo humano que influyen poderosamente en los gustos para la elección de comidas. Los cuerpos tienen necesidades diferentes. Una persona delgada está falta de grasa y, por regla general, apetece los alimentos que la tienen, pues estando bien de salud los digerirá con facilidad, y en cambio las personas gruesas, como no necesitan refuerzos grasientos, es corriente que aborrezcan los alimentos grasos y los aceites.

—Pues yo tengo un amigo que está gordísimo y aún no le he oído decir «esto no me gusta». Come con tal apetito, que es difícil averiguar qué cosas le gustan más que otras. Todo lo saborea con gusto, todo satisface a su paladar.

—Conforme. Pero lo natural sería que se cuidase de no engordar más. Si no se priva de comer sustancias grasas, llegará un momento en que tu amigo perderá agilidad, su cuerpo se hará pesado y perezoso, su cerebro perderá actividad y al fin se dará cuenta de que es mucho mejor para él acomodar la naturaleza de los alimentos a las exigencias de su constitución orgánica.

—Puede que tengas razón, querido buho.

—No te quepa duda que la tengo. Los pasteles y los dulces, en general, gustan a casi todos los niños, porque en la infancia hay mucha actividad. Se juega, se corre, se salta, y todo esto determina un gran desgaste de calor. Necesitan alimentos que les den calor y energía y entre todos los que tienen esta propiedad tal vez sea el mejor el azúcar.

—Entonces no es una glotonería comer muchos pasteles, sino una necesidad.

—La inclinación a comer dulces responde a una solicitud del organismo. Pero será un glotón el niño que coma con exceso golosinas.

—Bueno, con exceso, sí; pero por un par de pastelillos...

—Eso no es nada. Puedes comértelos sin temor de que se te juzgue ni como goloso siquiera. También tengo que decirte que los gustos varían según las regiones del mundo. Los esquimales que viven en países muy fríos apetece la grasa de ballena, la de foca y otros animales, porque, comiéndola, sostienen muy bien el calor de sus cuerpos, y en cambio los habitantes de las zonas tropicales aborrecen por regla general las grasas y muestran más inclinación por las verduras y las frutas.

—Bueno, querido buho. Ya está bien por hoy nuestra charla. Ahora vamos a dar un poquillo de gusto al paladar. Te invito a comer un par de pastelillos. Eso, tú mismo has dicho que no es nada.

—Aceptado; pero el que te invita hoy soy yo. Tu convite queda para otro día.

—No discutiremos por eso. Como tú quieras.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



Salvador Pérez Rivas.—Tus dos lindísimos dibujos entran en turno para su publicación; pero puedes agradecerlos al infatigable Morronguis que los ha cogido y los ha reforzado con tinta en aquellos trozos que estaban débiles. Si repasas la correspondencia que sostengo con los pinochistas verás que a muchos les hago la recomendación de que envíen los dibujos hechos con tinta, porque de otra forma no pueden reproducirse. Los tuyos, aunque hechos con tinta, eran de un color tan débil, que casi parecían lápiz. De todas formas, conste que dibujas estupendamente bien y que espero más cosas tuyas. Saluda a todos tus amiguitos de la biblioteca «Séneca» y los abraza en mi nombre. Tuyo incondicional.

Manuel Marengo.—Tu soberbio cañonero navegará a su tiempo por las tranquilas aguas del mar Pinocho; pero es preciso que leas lo que digo en la contestación al pinochista Salvador Pérez para que tú lo tengas también muy en cuenta. ¿Me comprendes? Muchos abrazos.

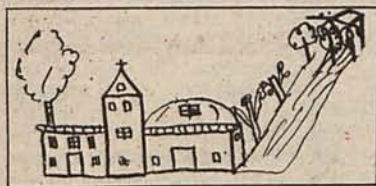
M. Hidalgo.—Tu cuento, tus chistes y tus versos me han encantado. Ya están en la imprenta y aparecerán en mi revista en cuanto les toque su turno. Abrazos.

Pinocha

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



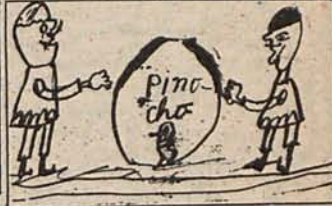
La iglesia de mi pueblo.
MANUEL CASTRILLO.



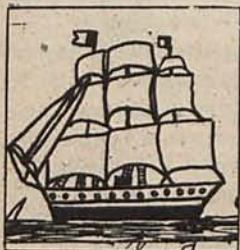
Pastora, por
M.º BARROSO.



Una niña bien.
INÉS JARAQUEMADA.



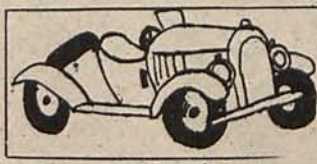
Dos escritores con la pelota de Pinocho.
JUAN MANUEL.



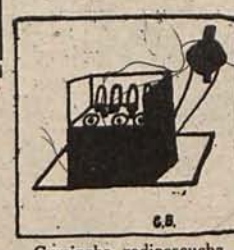
Una fragata.
GUILLERMO BARRERA.



Tin jugando al futbol.
MARÍA MORALES.



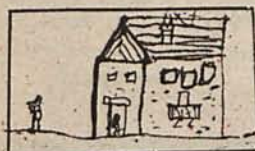
Un «Bugatti».
CARMEN GARCÍA.



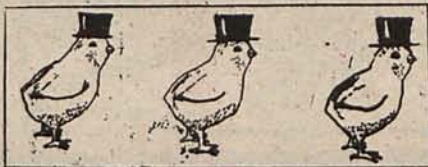
Currinche, radioescucha.
G. B.



Los Reyes Magos le llevan cosas
a Pinocho.
LUIS MIRAS.



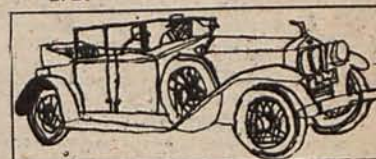
La casa de Pinocho.
PILARÍN RUCOBA.



Tres pollos «bien».
ANTONIO ESQUIVIAS.



Rosas de primavera.
BLANQUITA RUBIO.



Mi papá, en su auto.
VICTOR JOSÉ GIL.



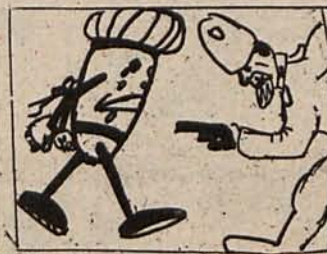
Un sanitario de la Cruz Roja.
FERNANDO BERNÁLDEZ.



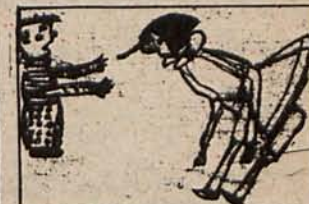
El abuelo.
MARÍA MORALES.



El último rey gordo.
PEDRO ORTEGA.



Chapete en la posición que merece.
ROMÁN JUGO.



—Cañamón, ¿por qué no te peinas?
—Porque no tengo peine.
—¿Y por qué no dices que te compren uno?
—Porque entonces tengo que peinarme.
COSME GOROSTIZA.



El acorazado italiano «Roma».
MATEO MILLE.



Guardia.
C. GARCÍA.



Una locomotora tipo «Pacific».
IGNACIO MORILLAS.



El auto de Pinocho.
FERNANDO MATA.



Soledad.
CARMEN URRUTIA.



Don Turulato.
ENRIQUETA E. G.



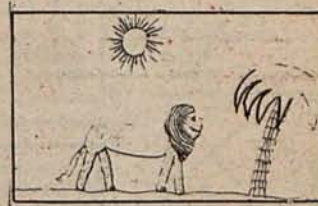
Pastando.
ENRIQUE ALPAÑÉS.



Don Turu.
ANTONIO DÍAZ.



Mi naranjo.
JOAQUINA JARAQUEMADA



Un león.
CARLOS ROURE.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



LA CABRA PATINADORA

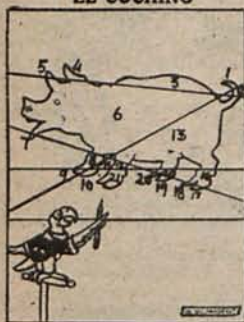
Erased una cabra muy juguetona. Un día, no encontrando cosa mejor que hacer ni hoja que morder, habiéndose encontrado unos patines, se dirigió hacia un pequeño riachuelo helado y se puso a patinar.

Al siguiente día, todos los animales que la vieron se compraron patines y.... empezaron a recibir coscorriones. Como veis, los animales tienen el instinto de la imitación tan desarrollado como los hombres.

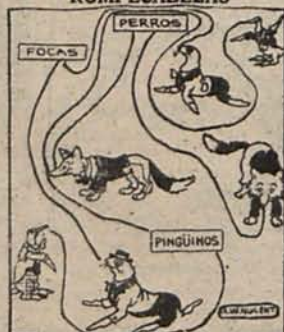
Esta escena la contemplan un poco asombrados un gorrión y una ardilla. ¿Dónde están?

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO, NÚMEROS 150, 151, 152, 153 Y 154

EL COCHINO



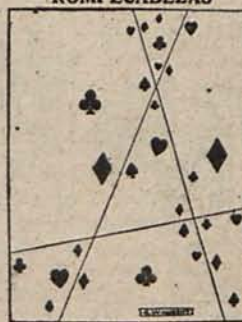
ROMPECABEZAS



ROMPECABEZAS



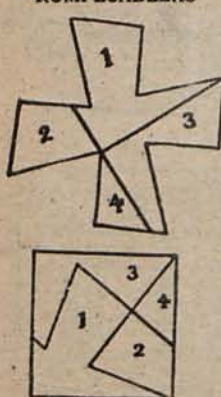
ROMPECABEZAS



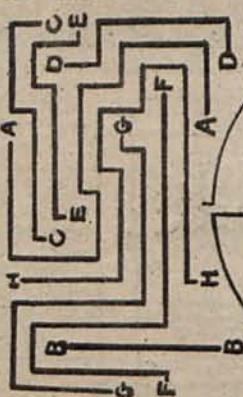
LOS CAMINOS



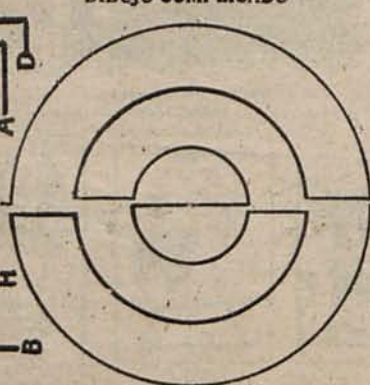
ROMPECABEZAS



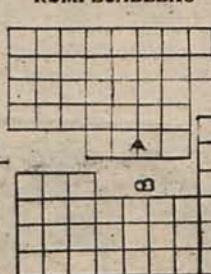
LOS CAMINOS



DIBUJO COMPLICADO



ROMPECABEZAS



PROBLEMA



Tenia de salario 3,50 pesetas semanales y le subieron el mismo a 5,60 pesetas semanales.

ANITA BUEN- CORAZON



Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA... DECO- RADORA



Mitología, descubrió que Su Majestad tenía orejas de asno, y obligado a guardar el secreto y no pudiendo contener sus deseos de decirselo a alguien, hizo un hoyo en la tierra, y dijo en él: «El rey Midas tiene orejas de asno»; y volvió a tapar el hoyo. Y en aquel lugar crecieron unas cañas que repetían todo el día al ser agitadas por la brisa: «Midas, el rey Midas, tiene orejas de asno».

Pues bien, yo creo que mi amiguita Chuchi debe de ser una lejána descendiente de aquel barbero del rey Midas; por lo menos se le parece bastante en lo de no poder guardar un secreto; pero como por otra parte Chuchi es persona de palabra, cuando ha prometido no contarle a nadie tal cual cosa, pues va y se lo dice... a su gato *Negrín*.

Cierto que *Negrín* es un confidente ideal; escucha con una atención sostenida, fijando en su amita la mirada dorada de sus ojos verdes; y nunca, nunca se ha dado el caso de que *Negrín* haya revelado un secreto a él confiado por Chuchi; os lo juro.

A pesar de la probada discreción de su gato, Chuchi hace mal en hacerle sus confidencias; prueba de ello es la aventura que le acaba de suceder y que os voy a referir.

Sabréis que Chuchi suspira desde hace tiempo por llevar el pelo cortado a imitación de la mayoría de sus amiguitas. Su padre está completamente de acuerdo con ella y casi tiene aún más ganas que la propia Chuchi de que se corte el pelo. En cambio mamá opone a este doble deseo una resistencia tenaz; la idea de que pudieran desaparecer los magníficos bucles trigueros de su Chuchi le aterra; estos bucles constituyen su orgullo; ponerles bigudis y rizarlos sobre un palo especial, su distracción favorita.

Y he aquí que, por fin, mamá ha accedido; ha resuelto que se cortará los bucles de Chuchi el día del santo de papá, para darle con ello una gran sorpresa. ¡Qué alegría va a tener papá cuando vea a Chuchi con melena! Pero, ¡chss!, que no se entere, que no sospeche nada; la sorpresa ha de ser completa.

Chuchi se prepara fe-

brilmente para este gran acontecimiento; lo primero que se le ocurre es que para la «cabecita nueva» que va a tener debía ser nuevo también el cepillo que va a peinarla; el suyo tiene las cerdas en perfecto estado, pero la madera está terriblemente deslucida. ¿Vale la pena de comprar otro? No; Chuchi transforma su cepillo —y de paso también el de la ropa— de una manera muy sencilla y graciosa que podéis ver en los dibujos que ilustran esta plana. Os interesarán, pues supongo que querréis hacer otro tanto con vuestros cepillos.

Primero se corta, siguiendo el contorno del cepillo, un patrón de papel; por este papel se corta luego la funda en un tejido de cretona de claros y risueños motivos; se hace un dobladillo alrededor y en este dobladillo se pasa una cinta de goma que permitirá la adaptación perfecta de la funda a la madera del cepillo.

De este modo, los cepillos ofrecen un aspecto nuevo, pulcro y agradable.

Chuchi ha quedado encantada con la transformación de sus cepillos. Pero está algo inquieta, preocupada, nerviosilla. ¡Claro! como que su secreto le atormenta horriblemente; aún faltan ocho días para el santo de papá.

Imposible aguantar más. Ella tiene que decirselo a alguien. Afortunadamente, ahí está su confidente *Negrín*, el recurso supremo.

—¡Figúrate, *Negrín*, que notición! Mamá me ha dado permiso para que...

¡Triiin! Triiin! ¡Triiin!

Es el teléfono; suena en la habitación misma en que se halla Chuchi; acude la muchacha; descuelga el auricular y, dejándolo luego sobre una mesa, sale en busca de mamá a quien, por lo visto llaman al aparato.

—Pues, sí, *Negrín* —prosigue Chuchi— como te decía, mamá me permite por fin que me corte el pelo; pero es un gran secreto ¿sabes? y no se lo digo a nadie más que a ti, porque se trata de darle a papá una sorpresa el día desusanto. ¡Figúrate que asombrado se va a quedar cuando me vea con melena! No se lo vayas tú a contar, *Negrín*. Ya no tendría gracia con lo lejos que está mi papaito de sospechar...

¡Ay! ¡Pobre Chuchi! No, papá no está lejos de sospechar; papá ya lo sabe todo; papá ha estado oyendo la confidencia al mismo tiempo que *Negrín*; porque papá está al otro extremo del hilo del teléfono; él es quien, desde su oficina, llamaba a mamá al aparato; y el auricular descollado le ha transmitido el secreto confiado por la incauta Chuchi a su gato *Negrín*, lo mismo que en otros tiempos —cuando no había teléfono— las cañas de Frigia revelaron el secreto que a la tierra confió el barbero charlatán (charlatán como Chuchi): «Midas, el rey Midas, tiene orejas de asno».

